

DE LA ESPAÑA JUDEOCONVERSA (DOCE ESTUDIOS)

Francisco MÁRQUEZ VILLANUEVA

(Barcelona: Edicions Bellaterra, 2006, 290 págs.)

Francisco Márquez Villanueva es uno de los estudiosos de las letras castellanas de mayor relieve; inteligente, erudito y trabajador a la vez, posee una envidiable obra escrita difícil de igualar en calidad y cantidad.

Reúne ahora en el presente volumen doce estudios sobre Américo Castro, sobre Antonio Domínguez Ortiz, y en particular sobre la España judeoconversa a la que remite en el título: pueden leerse o releerse así y más cómodamente páginas algunas de las cuales resultaban bien conocidas, y también otras a las que probablemente no habíamos tenido acceso.

Nuestro autor estima acertadamente cómo don Américo funde en sus textos (y no sólo en los textos posteriores a 1936, cabe decir) «la literatura con la historia civil», pues siempre fue un profesor atento a las realidades políticas y a la vida diaria española, según se ve en escritos suyos de antes de la guerra periodísticos e incluso que tuvieron forma de libro.

El maestro brasileño-granadino (parafrasea el prof. Márquez) se preguntaba «cómo fue posible una historia que había desembocado en el trágico estallido» de 1936: en verdad, Américo Castro trataba de indagar el cómo o por

confirmamos esta percepción. Él vincula los hechos mentales con las conductas prácticas que responden a los mismos, y en establecer con rigurosidad que en esa vinculación consiste la Historia de las mentalidades. Don Américo hizo en verdad Historia de las mentalidades ya desde final de los años cuarenta del siglo pasado.

Américo Castro —recuerda el prof. Márquez Villanueva— «valoraba [...] la dilatada presencia de pueblos semíticos sobre el suelo de la Península como el gran hecho básico y diferencial del fenómeno histórico español», de lo que se deduce un «concepto histórico [de] España»; el concepto de España incluye así —según esta interpretación— nuestros «mozarabismo» y «mudejarismo», entendidos en términos amplios. Los medievalistas españoles, en general, postulan, sin embargo —no ya Sánchez Albornoz, sino en nuestros días el eminente Miguel Ángel Ladero en publicaciones muy sólidas, etc.—, que la Península enlazó con la cultura europea occidental. Asimismo, lo hace Francisco Rodríguez Adrados en su interpretación histórica de conjunto «El reloj de la historia. Homo sapiens, Gracia antigua y mundo moderno» (2006).

Subraya también Francisco Márquez cómo *España en su historia* (1948) extiende «el acta de nacimiento del gran tema de los conversos, que cincuenta años después se reconoce como uno de los más importantes entre los surgidos, no ya en el campo hispánico, sino en toda la historiografía europea de la posguerra». No tenemos conocimientos para saber si esta cuestión es una de las de relieve en la historiografía europea, pero sí que es cierto el hecho de que se ha constituido con este género de investigaciones un capítulo vivo en el hispanismo: el capítulo de la peculiaridad literaria de los conversos.

Nuestro autor se suma a la idea de que el empleo del vernáculo de Castilla en el proyecto cultural alfonsí suponía que ni musulmanes ni judíos pudiesen ver en el latín la «imposición de un vencedor»; otros autores interpretan, en cambio, que es el hecho general de la secularización de la cultura el que lleva a la creación de la prosa castellana estándar apta para la mayor parte de las materias (menos, por ejemplo para la filosofía o la medicina).

Creemos sinceramente que si entre las referencias bibliográficas de que hace uso nuestro autor se incluyesen y discutiesen los escritos de Eugenio Asensio, el gran tratado de José Antonio Maravall, *Estado moderno y mentalidad social (siglos XV a XVII)*, las publicaciones aludidas del prof. Ladero, etc., se ganaría en riqueza de resultados: siempre trae mejores consecuencias intelectuales analizar también a los discrepantes, pues una parte de la verdad la tienen todos, unos y otros. De Antonio Domínguez Ortiz nos dice Márquez

que desconfiaba de algunas de las generalizaciones de Américo Castro y de que no prestase atención a los factores económicos; ciertamente el pasado es un piélago muy complejo, y los factores actuantes en el mismo no pueden reducirse casi sólo a uno.

El presente volumen de Francisco Márquez Villanueva es harto más rico de lo que pueden sugerir nuestras líneas; no en vano estamos —según queda dicho— ante uno de los estudiosos grandes en verdad de la literatura española de entre los de la segunda mitad del siglo XX e inicios del siglo XXI. Haber escogido para su lectura uno de sus libros es ya una muestra de respeto hacia uno de los mejores, quien es además un ejemplo humano de inteligencia y de dedicación al estudio. Francisco Márquez dice en un momento que «la valentía intelectual» es una «forma suprema de heroísmo», y desde luego tanto Américo Castro como él han tenido esa valentía; no obstante el pasado es en todos los casos denso y complejo, y los factores interactuantes son muchos y no conviene por principio reducirlos a unos pocos.

El ayer de la historia de España presenta muchos componentes y, desde luego, el gran fracaso colectivo de la guerra de 1936-1939 (fundamental estímulo de Américo Castro en su segunda etapa) obedece a muchas causas, algunas de las cuales aún se hallan por investigar, por ejemplo, el impacto en las mentalidades colectivas de obras y folletos de contenido político, exaltadores de la violencia y la acción directa, muchas veces traducidos y fácilmente accesibles para los más, etc.

Sirvan estas líneas, de un modesto profesor, de manifestación de respeto y estima al prof. Márquez Villanueva, por parte de un colega sólo una generación menor que él.

Francisco Abad
UNED